

JOSÉ VICENTE MOGOLLÓN

FRANCISCO ANTONIO ENCINA: SU PERSONALIDAD Y SUS IDEAS SOBRE LA RAZA, LA ECONOMIA Y LA EDUCACION. ESCENARIO: CHILE, 1910

I

ESCENARIO: CHILE EN 1910

CUENTA don Luis Galdames que los extranjeros que se encontraban en Santiago en 1910, invitados para los festejos del Centenario, se quedaron maravillados con la serenidad y orden de la elección de don Ramón Barros Luco a la presidencia del país¹. Sin lugar a dudas, tenían razón en maravillarse, pues Chile presentaba, por lo menos al turista superficial, un concierto espectacular de democracia, progreso y optimismo. En 1910, Chile ocupaba un lugar muy especial en la América Latina: era el país modelo.

Pero mientras la oligarquía terrateniente santiaguina se engalanaba con ocasión del Centenario, las mismas fuerzas que habían creado su riqueza y poderío fueron también responsables de las condiciones subhumanas de vida en la pampa salitrera, en los "conventillos" de Santiago, y en el campo feudal chileno. Chile presentaba al extranjero en 1910 un panorama de esplendor y promesa, mientras que las realidades socioeconómicas internas labraban una situación bastante distinta. Estas fuerzas a que me refiero se resumen, no sin peligrosa simplificación, de la siguiente manera: el dinero fácil proveniente de la explotación y exportación del cobre y del salitre (mayormente por compañías extranjeras a partir de 1883), que hizo posible, por una parte, una expansión de las inversiones estatales en obras públicas, alivió impuestos, estimuló el comercio, la industria, y el desarrollo

*Como homenaje al ilustre historiador don Francisco A. Encina, que ha cumplido recientemente 90 años

de edad, publicamos este trabajo. (N. de la D.).

urbano; y que por otra parte, como todo dinero fácil, llegó a causar perjuicios sociales y políticos: irresponsabilidad fiscal, inflación, y consecuentemente, condiciones desesperantes de vida para las clases asalariadas. En 1907 el desarrollo urbano era tal que Santiago contenía el 12% de la población total de Chile. En 1920, la población del país era urbana en un 45%, y Santiago contaba con el 15% de la población nacional. Los problemas ocasionados por la transformación socioeconómica desde 1883 hasta la fecha del glorioso Centenario, habían pasado inadvertidos para el Parlamento: los índices del costo de vida subían más rápidamente que los sueldos; las condiciones de vida de los trabajadores y la mortalidad infantil chilena, debido a las formas de vida de los "conventillos", eran de las peores del mundo occidental. Un síntoma de esta tragedia humana fueron las 293 huelgas que ocurrieron en Chile entre 1911 y 1920².

Un oscuro maestro, Alejandro Venegas, tuvo el mal gusto de perturbar la conciencia, durante los festejos del Centenario, de los egregios parlamentarios. Venegas "trazó sin piedad", como ha escrito don Ricardo Donoso, "el dramático cuadro de la realidad social y política de la nación"³. *Sinceridad, Chile íntimo en 1910* fue acogido con hostilidad e indiferencia.. Según Donoso, "el sombrío clamor recogido por Alejandro Venegas no rindió entonces sus frutos, pero puso al desnudo los estigmas del organismo social y denunció con voz profética los problemas que se acumulaban sobre el presente y amenazaban el futuro"⁴.

El aspecto político —o sea, la bancarrota moral del sistema parlamentarista— se caracterizaba por comercialización degradante de los puestos políticos. El requisito para actuar en la política era tener dinero, pero no para sufragar los gastos de una campaña, sino para comprar los votos. Una elección como diputado costaba entre 20.000 y 100.000 pesos, mientras que un curul en el Senado se elevaba de 100.000 a un millón de pesos. Naturalmente, el pueblo se convenció rápidamente de que el derecho a votar equivalía al derecho a vender el voto; y que todos los candidatos tenían la obligación de comprar los votos. Para el pobre campesino, llegó a ser una bonificación periódica extra⁵. La inercia y decadencia de todo el sistema parlamentarista —de firme doctrina liberal en lo político y partidario del *laissez-faire* en lo socioeconómico— se hallaba delicadamente destilada en la teoría del ilustre Presidente, don Ramón Barros Luco, quien aseguraba, "con campechanería característica, que los problemas políticos se dividían en dos grupos, los que no tenían solución y los que se solucionaban solos"⁶..

II

ENCINA: CONJETURAS SOBRE SU PERSONALIDAD

En medio de este ambiente, esplendoroso y escuálido a la vez, comenzaba a actuar un desconocido de 36 años, Francisco Antonio Encina, diputado nacional. Era Encina en 1910 —y lo es todavía— uno de esos hombres que “descubren” un sistema filosófico y lo abrazan enteramente, con el abandono del converso. Es un fenómeno común a todas las generaciones, y el cristianismo, el positivismo, el marxismo, y tantos otros “ismos” en la época moderna, han reclutado apóstoles fervientes y convencidos. Letelier en Chile, por ejemplo, descubrió el positivismo a los veinte y tantos años y encontró en este sistema el ordenador mágico de la existencia. Francisco Antonio Encina Armanet descubrió el racismo a finales del siglo pasado. Al cuerpo de ideas básicas del racismo añadió Encina dos o tres ideas de otras lecturas, especialmente relacionadas con la filosofía de la historia. Sin temor a exagerar, se puede afirmar que las ideas de Encina no han cambiado desde la publicación de su primera obra, *Nuestra inferioridad económica*, en 1912, hasta el presente. A través de su larga vida el autor de la *Historia de Chile* ha explicado los fenómenos vitales, tanto actuales como históricos, a la luz de su peculiar darwinismo social. Su obra, además, no sólo tiene una unidad ideológica estática, sino también un tono, un estilo consistente; combina Encina una pluma elegante con una estridencia arrogante y exhibicionista; una sensibilidad original y perspicaz, con un curioso desprecio por las ideas de los demás; y una visión clara del mundo con una falta total de preparación académica. En las palabras de Charles Griffin, Encina es chileno “hasta la médula de los huesos”⁷. Frecuentemente, el tono de Encina encarna al terrateniente aristocrático, ignorante y poco viajado (Encina nunca ha salido de Chile), pero convencido y arrogante. “Encina,” observa Griffin, “ve a los hombres en un vivo claroscuro”⁸.

Nació Encina en Talca el 10 de septiembre de 1874, hijo de Pacífico Encina y Justina Armanet. Estudió en el Liceo de Talca de 1885 a 1891, y en 1897 se recibió de abogado en la Universidad de Chile. A pesar de ser abogado, sostiene Griffin, y de haber sido miembro del gobierno, “la carrera activa de Encina ha sido primordialmente la de un terrateniente profundamente preocupado por los problemas económicos de la nación”⁹.

Para comprender la personalidad de Encina sería necesario, naturalmente, hacer un estudio extenso de su familia y del ambiente en

que creció. Como esto es casi imposible, nos vemos obligados a recurrir a las leyendas y anécdotas que relata Leopoldo Castedo en el Prólogo a su *Resumen de la Historia de Chile*¹⁰. Es posible, naturalmente, que muchas de estas leyendas hayan sido creadas y distribuidas por el mismo Encina. En todo caso, indican por lo menos la clase de niño que al anciano le hubiera gustado ser; y sobre todo, constituyen fotografías psicológicas de un hombre que trata de crearse un mito. Según Castedo, “los recuerdos de la infancia de don Francisco Antonio harían un libro exquisito”.

Parece que Encina es una de esas personas que nunca llegaron conscientemente a solucionar los grandes conflictos de la infancia; por lo tanto, se ven acompañados durante toda la vida por ellos, y aún en la vejez (la “segunda infancia” de muchos), los sienten en carne viva. Experimenta Encina la necesidad de solucionar estos conflictos, y quizás este sea el origen de su autoanecdotar. Por ejemplo, fue Encina un niño muy enfermizo y endeble, pero según él, de una voluntad férrea. Castedo reporta la siguiente anécdota. Aparentemente, la personalidad de la abuela materna se caracterizaba por una voluntad de acero, “que se imponía sin dar órdenes y dilucidaba sin apelación posible las discusiones más enrevesadas en las tertulias talquinas”.

El único que no la obedecía era yo —nos decía don Francisco, añadiendo—. Cuando ordenaba a alguien que me atrapase, me iba al entablado carcomido de un pozo, capaz de soportar apenas mi peso de cinco años. Una vez en el refugio, mi abuela ordenaba: “Dejen a ese barrabás, no sea que se quiebren las tablas y se caiga al pozo no estando aquí su madre”.

Comenta Castedo que la voluntad de don Francisco no tiene “parangón”: trabaja “casi octogenario, doce a catorce horas al día, varias de ellas con notable esfuerzo físico”. En su *Historia de Chile* Encina se luce sobre todo, según Charles Griffin, en los retratos psicológicos de los grandes y pequeños hombres del pasado chileno. Lo que más admira Encina es precisamente la “voluntad de acero” y por lo tanto, destaca en su galería de retratos a don Diego Portales, a don Manuel Montt, y a don Antonio Varas. Aunque con la información disponible es casi imposible descubrir la verdadera personalidad del Encina adulto, el hecho es que el anciano venera —en su vida, en su obra, y en su autointerpretación— esta “voluntad de acero” tan vital para él.

De suma importancia para comenzar a comprender a la personalidad de Encina es la siguiente anécdota, pesadilla siniestra que según Castedo, “habría de preocuparle mucho tiempo”.

En esta ocasión fue arrancado en el huerto, antiguo emplazamiento de un cementerio indígena, un naranjo chino, al que era muy aficionado por la dulzura de su fruto. Las raíces se habían enroscado en el cráneo de un indio, que salió a la superficie con el misterio, y naturalmente, no pudo salir de él. Cuando al cabo de varias horas, lo encontraron, sentado y silencioso, explicó la revelación del secreto: "las raíces se han comido al indio y yo me he comido las naranjas; por lo tanto, también me he comido al indio". Estaba muy impresionado, pues aducía, con la misma lógica, que cuando él se muriera, las raíces a su turno, lo devorarían. Para liberarlo de la obsesión, la madre le aseguró que sería enterrado en un lugar sin árboles, a lo que el niño replicó: "Bueno, entonces, me comerán las raíces de las yerbas, y los bueyes se comerán de éstas. Es lo mismo".

Sería un error, con la escasa información que existe sobre la vida íntima de Encina, tanto de niño como de adulto, ensayar una interpretación profunda acerca del significado de esta anécdota. Podemos señalar, sin embargo, dos niveles de expresión. El primero, obvio y superficial, es que el Encina niño, según el Encina anciano, era supremamente curioso; mientras que otros niños hubieran huido des-pavoridos al ver el cráneo, Encina no sólo se precipitó en el hoyo, sino que meditó sobre lo que había observado. Según el Encina casi octogenario, "la idea obsesiva" de su niñez fue la curiosidad "por los múltiples y más trascendentales problemas de la vida...". Sin embargo, presenta esta anécdota otro nivel de significado, más profundo y misterioso. La anécdota está cargada de extrañas imágenes macabras y simbólicas que hacen sospechar que el incidente no fue para Encina un simple acto de curiosidad infantil; la prueba de esto es que se obsesionó, aterrorizado, con la idea fija de que después de muerto sería devorado por las plantas. Pero hay que recordar que esta anécdota se añejó durante más de setenta años en la memoria de Encina. Por algo cuenta este episodio macabro, cargado de imágenes, posiblemente simbólicas, de una realidad interna inexpresable en formas directas. El pavor y el sentimiento de culpabilidad, por haberse "comido al indio", lo obsesionaron; sintió culpa por ser "caníbal" y terror de ser comido por los demás. Sería demasiado osadía sugerir que existe un curioso paralelo entre este significado de la anécdota y la manera de ser del Encina adulto; por ejemplo, la agresividad (comer al indio) puede expresarse en forma de ataques verbales, tales como desprecios e insultos a los demás. Pero como esta explicación es sólo una conjetura no tiene mayor valor.

Según Castedo, Encina cuenta que una dama singularísima, “la loca Varas”, hermana del gran don Antonio, le leía, con comentarios, desde Herodoto y Plinio hasta Racine y Pascal. Según “la loca Varas”, la humanidad “sólo había producido cincuenta genios de cuatrocientos que los fueron en potencia. Ciento cincuenta se perdieron por errores de vocación, los doscientos restantes se “pasmaron” por culpa de la enseñanza, que al aplastar sus dotes naturales, les había tronchado las alas...”.

Es curioso notar que la enseñanza del joven Francisco, según el viejo Encina, se llevó a cabo de tal manera que no hubo ni el menor peligro de que se pasmara. Según contó nuestro héroe a Castedo, en vez de leer el texto asignado de Historia Sagrada, leía la parte correspondiente en la Biblia. De esta manera, explica Encina, con un sólo cuento, como fue que el joven Francisco se salvó de una pasmada segura en el Liceo de Talca y, al mismo tiempo, como fue que no llegó a ser el mejor estudiante de su época. Sea como fuere, la verdad es que Francisco Encina ha sostenido una batalla personal contra “el sistema”, sea el Liceo de Talca, la Universidad, las Academias, el Gobierno, o muy sencillamente, Los Demás.

En resumen, podemos hacer las siguientes conjeturas. En primer lugar, es obvio que muchos conflictos de niñez nunca fueron resueltos y por lo tanto siente necesidad Encina de regresar a ellos. Lo más probable es que su autoanecdótico, o sea, la creación de una leyenda acerca de sí mismo, sea una manera de exteriorizar estos conflictos aún vivos. Segundo, Encina eleva la voluntad a un nivel de suprema importancia, tanto en su vida como en su obra. Sólo conjeturamos al decir que es posible que el Encina niño, débil, mimado y enfermizo, no tuvo esta voluntad de acero. Hay que recordar que Encina no comenzó su verdadera obra sino ya maduro; como dice Castedo, se dedicó a la historia “doblada ya la curva de su vida”. En tercer lugar, la actitud de desprecio hacia los demás ha sido una idea fija en la obra de Encina; muchos de los contemporáneos de Encina, especialmente los intelectuales y los historiadores chilenos, han sido víctimas de su agresividad. Ha dicho Griffin, además, que Encina todo lo ve en “claroscuro”, de un lado los fuertes, del otro, los débiles. Es famoso por su extremismo y fanatismo. En cuarto y último lugar, Encina es soberbio y arrogante; se cree genio —y probablemente es genial— pero genio fuera del sistema, en postura de constante ataque a la estupidez de los demás, que no tuvieron la suerte de *nacer*, como él dice de sí mismo, con el suficiente “poder cerebral” para poseer la verdad¹¹.

III

ENCINA: OBRA HISTÓRICA: PERSONALISMO

a) Tanto la personalidad de Encina como su obra han antagonizado, durante medio siglo, a un gran número de intelectuales y universitarios chilenos. Desprecia Encina a todos los historiadores, eruditos y profesores universitarios, y en forma especial, a los que forman parte del establecimiento intelectual que gira alrededor de la Universidad de Chile. Estos, a su vez, ni cortos ni lentos, le han devuelto su desprecio con intereses usurarios. Baste con citar un párrafo del erudito Elías Almeyda Arroyo, profesor de la Universidad de Chile. Encina sostiene la tesis, de la cual se considera autor único, de que Chile es un país escaso en tierra arable, y por lo tanto, de escaso potencial agrícola. Contesta Almeyda:

Como siempre, él es el único que ve, el único que sobresale como faro solitario en la enorme soledad de 400 años de existencia...¹² Chile, un país desvalido!... "la más grande maravilla de la tierra; el Paraíso ante el Pacífico!...". Una pira formada por sus libros con el autor en la cumbre fuera poco!¹³.

Rescatemos a Encina de la pira para darle oportunidad de vengarse. Los historiadores chilenos no sólo se enfurecen con lo que dice Encina de la historia de Chile, sino sobre ellos mismos; "desheredados de la sensibilidad cerebral"¹⁴. Lo triste, naturalmente, es que estos insultos no se dan en broma. Pocos historiadores chilenos han tenido la objetividad necesaria, pues han sido personalmente ofendidos, para juzgar a Encina friamente. Sin embargo, Ricardo Donoso le reconoce a Encina el valor de su obra historiográfica, criticándole su conocida "falta de probidad literaria" y los "extremos grotescos" a que ha llegado Encina, por serias que sean las críticas de los "doctos y los historiadores,"

tendrán que reconocer que ella importa un ímprobo esfuerzo personal, digno de ofrecerse como ejemplo a la juventud de nuestros días. Si a esto se agrega su estilo personalísimo, animado y vibrante, el fuerte aliento nacionalista... es perfectamente explicable el agrado del lector y la honda seducción literaria de la obra... Pesando en la balanza los reparos y los elogios, podemos decir con seguridad que la obra del señor Encina no constituye ninguna contribución de valor científico al mejor conocimiento de la evolución social, política y económica de Chile, sino que es una visión personal, más aún, personalísima...¹⁵

Es también, sin embargo, como dice Donoso, "obra de segunda mano", ya que Encina no hizo mayor investigación original; este trabajo, según el autor de la *Historia de Chile*, no pertenece al potente cerebro de los historiadores como él, sino al débil y fragmentado de los "investigadores eruditos".

La principal característica de la obra de Encina es el fuerte e inconfundible sabor personal; Encina considera que el "objetivismo" es una "falsificación gris de la historia... una quimera. Para que la imparcialidad o la objetividad fueran posibles, sería necesario que pudiéramos pensar sin la intervención del cerebro humano"¹⁶. Es este personalismo fanático la base del carácter y de la obra de Encina. Si es original y elocuente, lo es por su personalismo; si se limita, al no leer y al despreciar a los demás, si gana enemigos, también es por su personalismo.

b) La filosofía historiográfica de Encina es un ejemplo de su acendrado personalismo. Sostiene el autor de la *Historia de Chile* que no todos los que pasan por historiadores lo son; diferencia Encina entre el "investigador erudito" y el verdadero "historiador". Según él, es imposible para un solo hombre abarcar ambas actividades. El historiador —hombre de gran potencia cerebral como él mismo— es el sintetizador de las obras fragmentadas de los investigadores eruditos; éste último no debe historiar, pues entonces "magulla" los documentos con su mentalidad estrecha y fosilizada. Se considera Encina el primer —según su propia clasificación— historiador chileno. José Toribio Medina y Barros Arana fueron geniales investigadores eruditos, pero no llegaron a ser historiadores.

Piensa Encina, además, que el historiar es un arte, no una ciencia, y que el principal instrumento del verdadero historiador es su imaginación intuitiva: "La representación intuitiva que surge espontáneamente del estudio de los materiales, se aproxima a la realidad siempre mucho más que las conclusiones del raciocinio crítico"¹⁷. En resumen, Encina crea una filosofía historiográfica ceñida a su propia manera de historiar; en otras palabras, ceñida a su personalidad. Su filosofía historiográfica es a la vez teoría y justificación personal.

IV

ENCINA: RAZA, ECONOMÍA Y EDUCACIÓN

Encina es uno de esos hombres, de pocas ideas, que interpretan todos los fenómenos vitales, pasados, presentes y futuros, en función

de su sistema personal. Para Encina el racismo es el sistema que ordena, clasifica y explica la realidad. Desde la publicación de su primer libro en 1911, podemos ver que el racismo ya es para él una visión íntima y personal; en su *Historia de Chile*, escrita entre 1940 y 1952, la raza y la herencia son los factores determinantes que explican y ordenan el aparente caos de la realidad histórica.

a) Pero al mismo tiempo es Encina un perspicaz observador de la realidad. En sus primeros dos libros, *Nuestra inferioridad económica* (1911) y *La educación económica y el liceo* (1912), podemos observar como combina Encina su visión racista de la realidad con intuiciones muy originales acerca del gran problema chileno (e hispanoamericano): la inferioridad económica, o como diríamos hoy, el subdesarrollo. Para Encina la única solución posible para la situación chilena, interpretada por él en términos de raza, herencia y evolución, tenía que ser la educación económica; o sea, aquella educación capaz de corregir en la sociedad chilena las "deficiencias raciales" que impiden el progreso material. Para comprender la visión de Encina de la problemática realidad chilena, es necesario examinar brevemente su análisis de la raza chilena, porque de éste depende tanto su original diagnóstico económico como su audaz propuesta educativa. Siendo todavía muy joven, informa Castedo, Encina descubrió la "genética", que con el tiempo llegó a ser el epicentro de su sistema racista. Para Encina todas las disciplinas existen gracias a la genética; por ejemplo, la "historia genética", psicología genética, la "sociología genética", etc. Es decir, que la herencia determina todo; las razas tienen características o rasgos que no se pueden variar sino mediante un proceso evolutivo de varios siglos. Por lo tanto, los europeos le llevan a los mapuches 16 siglos de ventaja. Los españoles también están algo atrasados, en relación con las razas nórdicas; pero esto no es problema, pues según Encina, ciertos chilenos privilegiados descienden de los conquistadores. Los conquistadores eran godos y por lo tanto, rubios, nórdicos, y de voluntad de acero¹⁸.

Opina Griffin que muy probablemente Encina fue convertido al "arianismo histórico" por la obra póstuma del Conde de Gobineau, el *Essai sur l'inégalité des races humaines*, escrito de 1853 a 1857, en París, pero publicado en 1884, dos años después de la muerte del autor¹⁹. El "gobinismo" encontró popularidad inmediata en Alemania. Contribuyó a ello su amistad con Wagner; en 1894 se fundó la "Gobineau Vereinigung". El gobinismo, sin embargo, no se llegó a conocer en Francia sino hasta la primera década del presente siglo. De París a Chile la distancia cultural era muy corta, y en 1904, en Val-

paraíso, publicó Nicolás Palacios su conocido libro *Raza chilena, libro escrito por un chileno i para los chilenos*.

El gobinismo sostuvo dos teorías centrales bien conocidas y de fúnebre trayectoria. Primero, en la cúspide de la evolución humana está la raza germánica, disciplinada y guerrera, nacida y seleccionada en la lucha de razas. En segundo lugar, el mestizaje destruye la pureza —y por lo tanto, todo lo bueno— de las razas originales. Las consecuencias de la aplicación de la doctrina gobinista para Chile son obvias y formaron la base teórica de la *Raza chilena*. Según Donoso, la deuda intelectual de Encina para con Palacios es muy importante, aunque el autor de *Nuestra inferioridad económica* nunca la ha reconocido.

Nuestra inferioridad económica es un libro supremamente original; Encina es un observador inteligente, de juicios rápidos y dogmáticos. Su interpretación de la realidad chilena está informada, como ya ha sido subrayado, por una visión racista. Al contrario de muchos otros gobinistas hispanoamericanos, no es un pesimista Encina; cree en el poder de la educación para inculcar, según su sistema, las características que les faltan a los chilenos para ser eficaces agentes del progreso material. Encina no es el descubridor de estas características; baste aquí con recordar los perspicaces cuadros de costumbres de Mariano José de Larra para darse cuenta cabal de que Encina pertenece a una vieja tradición hispánica. En "Vuelva Ud. mañana" describe Larra la tradicional ineptitud hispánica para la actividad comercial.

La idea básica de Encina es que, "para formar un concepto cabal de la población chilena como factor del desarrollo económico, es pues, indispensable detenerse en aquellos rasgos y hábitos morales que entran por más en el hombre de negocios"²⁰. Es Encina —que yo sepa— el primer escritor tanto hispanoamericano como extranjero en explorar, en forma más o menos sistemática y autoconsciente, esta región nebulosa de las ciencias sociales, que tanto ha preocupado al mundo después de la segunda guerra: las relaciones entre el desarrollo económico, "los rasgos psicológicos" y sociales, y el papel de la educación. Muchas veces, sólo es necesario eliminar la terminología racista de Encina —"ascenso moral"²¹, "grado de evolución"²², "deficiencias raciales"²³— y sustituirla por los equivalentes contemporáneos— cambio cultural, etapas del crecimiento, obstáculos culturales— para caer en cuenta tanto de la "modernidad" de Encina como de la caprichosa y relativa "moda" de las doctrinas sociales. Pero aunque la palabra "raza" se ha sustituido por la palabra "cultura", existe una gran diferencia; el pensamiento sociológico contemporáneo es firme creyente

en la "igualdad" de todas las razas, siendo las diferencias obvias el resultado de la educación o de la falta de ella.

b) Hace Encina un recuento de las características antieconómicas de la raza chilena. Primero que todo, en la sociedad chilena los "rasgos psicológicos" de la clase alta dominan; existe una "orientación de la actividad hacia las profesiones liberales y los empleos públicos"²⁴. La sociedad estima a los abogados y a los médicos, pero no a los hombres de empresa.

En segundo lugar, "el empleo del tiempo": el hispanoamericano es indisciplinado incumplidor, dormilón y sufre de "apoltronamiento físico". Tercero, carece tanto de iniciativa como de perseverancia; su eficiencia económica sufre por tener fe en milagros. Cuarto, no es capaz del "esfuerzo colectivo"; es demasiado arrogante. "La sociedad para el chileno es una prolongación de su personalidad, un auxiliar de sus propósitos individuales"²⁵.

Quinto, Encina es gran admirador de Andrew Carnegie y de su autobiografía; antes que Schumpeter (y sin leer a Max Weber) describe el papel social y económico del entrepreneur. Piensa que en Chile, "La materia prima es, pues, de primer orden. Por desgracia, el grado de evolución en que se encuentra, no permite obtener, por hoy, el rendimiento de que ella es susceptible"²⁶. Pero Encina es optimista y cree en el poder transformativo de la educación; cree que el chileno puede adquirir "moralidad industrial, comercial y administrativa" mediante su fórmula mágica: la educación económica. Encina tiene también gran admiración por la vitalidad del obrero chileno: "Esta gran fuerza en devenir, puede llegar a ser la fuente de las más grandes energías, si, en lugar de destruirla como lo ha hecho una educación inadecuada respecto de las clases superiores, la desenvuelve y canaliza una educación calculada para ello"²⁷. Piensa Encina que la "educación económica" puede despertar las energías vitales de la raza chilena y canalizarlas, mediante la capacitación técnica e industrial, hacia la actividad material creativa, base de la civilización del presente siglo.

En sexto lugar, critica Encina la importancia que tienen la hospitalidad y la ociosidad en las sociedades hispánicas; considera que estos dos valores, que tienen sus raíces en el desprecio del guerrero y del hidalgo ibérico por el trabajo, han creado un parasitismo social atroz. La limosna es casi una institución, la caridad piadosa obligatoria; y el mendigo en la sociedad hispánica ocupa un lugar muy especial y privilegiado, ya que es una especie de agente viajero de la caridad institucional. Aunque Encina tuvo la sensatez de no atacar a la reli-

gión —hubiera sido una táctica ingrata en el Chile de 1910— es indudable que gran parte del catolicismo ibérico es antieconómico.

c) 1. Se adelanta Encina a los economistas contemporáneos de la CEPAL, por ejemplo) en describir lo que, en el curioso dialecto del desarrollo económico, se ha llamado el “efectos de demostración”. Y se adelanta casi en medio siglo. Según Albert O. Hirschman, el autor de *La estrategia del desarrollo económico*, dice Encina cosas “sorprendentemente modernas”. En esta forma le da más importancia a la moralidad empresarial y de empleados que al capital. . . Además, hay que reconocer a Encina probablemente como al descubridor original del “efecto de demostración.”²⁸. Para Encina este fenómeno económico tiene dos raíces. Primero, los hábitos de consumo de los chilenos, que estiman el lujo, la ostentación y la prodigalidad. En esto también se adelanta Encina al gran Thorstein Veblen; describe detalladamente el valor social del “consumo conspicuo”, como diría Veblen, de artículos lujosos importados.

La segunda raíz del “efecto de demostración” está involucrada en el mismo proceso de desarrollo. Encina cita a Manuel Montt: “La educación crea en quien la recibe la aspiración a una vida de mayor holgura. Necesidades que pasan inadvertidas para el ignorante se despiertan con fuerza en el hombre instruido. A horizontes más amplios, corresponden exigencias mayores de medios de vida”²⁹. Encina concluye que “el standard de vida”, aguijoneado por sus ansias de lujo extranjerizante y por la educación, “tiende a elevarse en proporción geométrica, mientras las aptitudes económicas sólo aumentan en proporción aritmética”³⁰. Por lo tanto, se produce un desequilibrio en la vida económica del país que se refleja en la balanza de pagos. Estima Encina además que cuando una economía fuerte entra en contacto con una débil, ocurre una represión por la economía más fuerte”. . . para impedir que se escape el mercado, que el satélite se independice”³¹. Finalmente, Encina observa —y es un gran observador— que cuando una economía fuerte invade a una débil, la capacidad de consumir aumenta más rápidamente que la capacidad de producir; las ansias de consumir se comunican por un proceso de imitación del extranjero mucho más rápidamente que la capacidad de producir. Y si este “efecto de demostración” era fuerte en 1910, en el momento actual lo es diez veces más debido al desarrollo de transportes y medios de comunicación (el cine de Hollywood, *Life* en español, etc.).

2. En resumen, Encina sostiene que la educación económica podría corregir las deficiencias de la raza chilena. Antes de examinar los conceptos educativos de Encina, es necesario analizar brevemente sus

ideas económicas y su visión de la realidad económica chilena. Antes que todo, vale la pena destacar el término que usa Encina para caracterizar la situación de su país: "inferioridad económica". Para Encina la inferioridad económica es el resultado de las características primitivas y menos evolucionadas de la raza chilena, por una parte, y de lo que él llama la "antinomía" entre los factores físicos de explotación económica y las aptitudes de la población. Piensa Encina que la tierra arable en Chile es escasa, mientras que la materia prima industrial es abundante; por lo tanto, Chile tiene un futuro agrícola limitado. "El medio físico", dice Encina, "obliga, pues, a Chile ser ya un pueblo manufacturero, comercial, y navegante, si no quiere interrumpir su desarrollo"³². El porvenir de Chile, según Encina, depende del éxito en alcanzar un alto grado de industrialización. Desde 1911 hasta el presente, Chile ha seguido una política económica de industrialización, no sin ciertos desequilibrios muy peligrosos para el futuro; por ejemplo, el sector terciario —los servicios— emplea a un número desproporcionado de chilenos, en comparación con los dos sectores estrictamente productivos. Parece, en otras palabras, que el chileno ha demostrado una preferencia por las profesiones, tal cual como afirmó Encina en 1911. Y a pesar de que la agricultura chilena se compara favorablemente en calidad, por ejemplo, con la de California (frutas, legumbres y lechería), el futuro de cualquier país —y especialmente el de Chile— depende del desarrollo industrial. Chile, con escaso potencial agrícola y abundantes recursos minerales, tanto en 1911 como en el presente, depende de la industrialización. "Entre tanto", escribió Encina, "las inclinaciones y las aptitudes de la raza, van por caminos muy diversos de aquellos que la naturaleza trazó a sus destinos"³³. La inferioridad económica —"el pueblo retrasado o subdesarrollado, como decimos hoy..."³⁴ se debe a que "en parte como consecuencia del estado social y en parte como resultado de la educación, el chileno desprecia la manufactura y el comercio"³⁵. Hay que recordar aquí que Encina nunca ha sido economista. Pero quizás la falta de instrucción teórica en esta materia le permitió observar la realidad económica chilena sin ideas preconcebidas; su personalismo, y su consecuente rebelión contra otros puntos de vista, lo libró de caer en la escuela manchesteriana liberal, representada por Courcelle-Seneuil en la Universidad de Chile. Más que todo, Encina partió en su análisis, como dice Donoso, "de un fuerte aliento nacionalista". Su visión de la economía chilena en 1910, como hemos visto someramente, no sólo fue acertada sino que llevó a Encina a observar complejos fenómenos económicos, como el "efecto de demostración",

pasarían desapercibidos para economistas profesionales hasta después de la Segunda Guerra Mundial.

d) A la luz, entonces, de la "antinomía" que presentan en Chile el territorio y la raza, podemos examinar ahora las sugerencias concretas que Encina formuló para solucionar, a través de la educación, el problema chileno. Hay que recordar que para Encina, el "cruzamiento de las razas a distintos grados de evolución"³⁶ tuvo como consecuencia que los mestizos en América han evolucionado en tres siglos lo que los europeos evolucionaron en catorce";... "pero como era inevitable, su desarrollo ha sido irregular"³⁷. Y aquí entramos en el meollo del propósito que para Encina cumple lo que él ha llamado la "educación económica". El epicentro de sus ideas sobre raza, desarrollo económico y educación es que las deficiencias raciales del mestizaje pueden ser corregidas por la educación. En otras palabras, que la educación económica —al contrario de la educación tradicional— puede acelerar el proceso evolutivo de la raza chilena, ayudándola a dar el paso de una civilización agrícola-guerrera a una industrial y técnica. "Las lagunas de una civilización desarrollada en desenfrenada carrera", afirma Encina, "sólo las podrá llenar y con extrema dificultad, una enseñanza racional, aplicada a llenar los vacíos, en vez de tender a producir un desequilibrio todavía mayor educando lo que tenemos en exceso: la inteligencia"³⁸.

1. En *La educación económica y el liceo*, escrito en 1912, Encina desarrolla en detalle el concepto de educación económica; este tipo de educación tiene por finalidad llenar las "lagunas" y los "vacíos" de la desequilibrada evolución de la raza chilena, desarrollando la vocación del individuo hacia la actividad productora. Según Encina, la educación intelectual chilena venía desarrollando jóvenes cultos, pero ineptos para la actividad económica. Vale la pena transcribir aquí la siguiente anécdota, que retrata e ilustra el concepto de Encina:

Senén Palacios relata en su novela *Hogar chileno* una anécdota de la realidad. "El gerente de la oficina "Josefina", señor Erichsen, noruego de prestigio y muy bondadoso, recibió una carta de un joven santiaguino que solicitaba un destino en la Compañía: y para manifestar su preparación y competencia, enumeraba todos los exámenes que había rendido en el Instituto, muchos de ellos con votos de distinción, en la forma siguiente: Historia antigua, Historia sagrada, Historia griega, Historia romana, Historia moderna, Historia de América y de Chile, Historia literaria, Filosofía e historia de la filosofía; Aritmética, Álgebra, Geometría, Geografía descriptiva, Cosmografía, Química, Física; Gramática castellana, inglés, francés, literatura, catecismo y fundamentales de la fe...

El señor Erichsen lo hizo venir, "aunque sólo fuera para oírlo contar historias, ya que sabía tantas" —dijo riéndose—. Y llegó nuestro paisano bachiller santiaguino y fue imposible colocarlo en ningún empleo por mucha voluntad que hubiese en su favor, porque era absolutamente incompetente" (págs. 100 y 101).

Anecdotas semejantes me han referido todos los hombres de negocio con quienes he conversado sobre nuestra enseñanza. Sus juicios sobre la ineptitud del ex alumno del liceo concuerdan con el que personalmente he podido formarme durante mi vida industrial³⁹.

La educación intelectual tradicional chilena era (y es) para Encina, precisamente, la perpetuación sistemática de aquellos rasgos y hábitos morales de la raza chilena que servían de obstáculos al progreso material del país. "No quiero decir que el chileno adolece de incapacidad económica...^{40a}. Pero opinaba que la educación intelectual integral, importada de Europa por los educadores chilenos, no hizo otra cosa que perpetuar un sistema de valores adverso a la actividad industrial. El error, piensa Encina, es en creer que un niño chileno necesita el mismo tipo de educación que un niño alemán. El criterio del Instituto Pedagógico estaba "informado por los profesores alemanes, cuya dureza cerebral no les permitía darse cuenta de que existen países en otro grado de la evolución social que el de su patria, que exigen la adaptación de la enseñanza a sus modalidades sociológicas"^{40b}. Aborrece Encina por igual la idea integralista del gran Valentín Letelier, para quien la educación debe "...desarrollar simultáneamente la energía de todos los órganos del espíritu, la plasticidad de todas sus aptitudes, la actividad de todas sus facultades"⁴¹. Encina rechaza toda la ilustre tradición educativa chilena de Domeyko, Barros Arana, Letelier y de los sabios alemanes del Instituto Pedagógico, alegando que el sistema escolar de un país es el reflejo de su alma y de sus peculiares necesidades, "producto secular de características psíquicas de la raza, de los medios y de la historia, aunque sujeta a continuas transformaciones... El alma de un pueblo es inaccesible a otros"⁴². Encina ridiculiza la importación de sistemas extranjeros; "entre la enseñanza que nos hemos dado y nuestra sociedad, hay absoluta falta de adecuación. Es un vestido de seda rosa pálido, cortado sobre el talle fino y esbelto de una modelo de Paquín, llevado por una araucana recia, retaca, ventruda y desgredada"⁴³.

La vehemencia de Encina en contra de la educación intelectual se debe en parte a su convicción racista de que el pueblo chileno se encontraba en una etapa formativa de la evolución étnica. "El cruzamiento", opina Encina, "disocia los caracteres psicológicos ancestrales

con igual energía que los rasgos físicos; destruye la herencia y debilita la fuerza del medio social, que es su consecuencia. El pueblo nuevo viene, así, a ser una masa plástica sensible a todas las influencias...⁴⁴. Encina se interesa en crear una educación ajustada a la realidad del momento en la evolución de la raza chilena. Encina pensaba que la escuela es un instrumento muy poderoso. "La enseñanza es, pues, entre nosotros, a diferencia de lo que ocurre en Europa, un activo agente sociológico, capaz de grandes males y de grandes bienes"⁴⁵.

2. Encina pensaba crear hombres de empresa a través de la educación económica. Gran admirador de Andrew Carnegie, Encina se apoyó muchísimo en la autobiografía del gran capitán de industria americano. Encina formuló su concepto de educación económica en su ponencia ante el Congreso Nacional de Enseñanza Secundaria en 1912. Este concepto debe diferenciarse de la "enseñanza industrial", que no es sino la capacitación técnica requerida para el ejercicio de un oficio o de una profesión. La educación económica, en contraste, no aspira a crear técnicos sino a forjar a grandes hombres de empresa; aspira a crear generaciones de chilenos dedicados a la creación industrial con la energía de Teddy Roosevelt ("profesor de energía", como decía Ruben Darío) y con la tenacidad e imaginación de un Krupp, Rockefeller o Vanderbilt. Lo que quería hacer Encina con su educación económica era crear también un ambiente social favorable a la labor creativa industrial; era necesario cambiar la mentalidad tanto del profesor como del estudiante. En otras palabras, Encina quería transformar los valores de la civilización hispano-chilena, mediante la educación económica, para que se pudiera eliminar su inferioridad económica. El valor teórico de su programa es indiscutible; es sin duda algo tan original como acertado. Pero en cuanto al aspecto práctico, es difícil imaginarse que un país adopte una indoctrinación industrial de marcado sabor a ética protestante, porque la educación económica no es otra cosa, y que se despegue de la educación humanista, intelectual, y tradicional. La educación económica implica una transformación de valores, hábitos morales, costumbres. Pretendía Encina, al fin y al cabo, modificar por completo la civilización hispano-chilena. Pretendía transformar a los chilenos (latinos, católicos y tranquilos) en alemanes o ingleses (protestantes, nórdicos y dinámicos) con su educación económica. Encina estaba convencido que los alemanes y los ingleses eran razas "superiores" y que la manera de sacar al chileno de su "inferioridad" era obligándolo a dar el salto, a través de la educación económica (indoctrinación, más exactamente), de la inferior civilización agrícola-militar a la superior industrial-técnica.

Hasta cierto punto, Encina tenía y tiene razón: es muy probable que los países hispánicos, aún en el presente, sigan atascados en una serie de círculos viciosos de déficits, inflación, crisis, pobreza, ignorancia, etc. Es sin duda verdad que la América Latina sufre aún, a pesar del progreso del último medio siglo, de una severa inferioridad económica. Encina sigue teniendo razón también en cuanto a la necesidad de transformar “hábitos morales” y de crear un gran número de “entrepreneurs”. Su diagnóstico del problema cultural —que él llamaría racial— también es bastante acertado; y si se consideran las alternativas posibles de acción, se llega a la conclusión inevitable de que la educación es el único instrumento disponible al que pretende modificar y transformar los valores de una civilización. Pero en el terreno práctico, le fue imposible vencer los obstáculos en contra de su educación económica.

3. Encina escribió sus primeros dos libros con motivo del Congreso Nacional de Enseñanza Secundaria, que sesionó del 29 de septiembre al 6 de octubre de 1912. Tanto *Nuestra inferioridad económica* (1911) como *La educación económica y el liceo* (1912) son obras belicosas y polémicas, escritas con el propósito explícito de estimular reformas al sistema secundario. Sus dos obras estimularon por lo menos, más polémica: Enrique Molina defendió la tradición chilena en su libro *La cultura y la educación general* (1912). Luis Galdames, amigo de ambos, concilió los dos puntos de vista en *La educación económica e intelectual* (1912).

Pero en el Congreso de 1912, la Universidad de Chile cuenta Encina, se opuso a todo cambio; los reformistas (Carlos Fernández Peña, Darío Salas, Luis Galdames, y Encina) entonces decidieron planear “una reforma gradual”⁴⁶. Según Encina, la Universidad se opuso

contra un utilitarismo atentatorio contra la dignidad de la enseñanza; la Asociación de Educación Nacional... languideció; la enseñanza continuó contrariando el desarrollo de los estímulos que conducen a la actividad económica, para encauzar al niño hacia las abstracciones griegas de lo verdadero, lo bello, y lo bueno; y el pueblo chileno viviendo del maná del salitre y caminando con los ojos vendados hacia el precipicio que se destacaba nítidamente en la trayectoria que debía recorrer su evolución social⁴⁷.

Los problemas históricos que no se resuelven —que siguen siendo una espina en el cuerpo de un pueblo— renacen de generación en generación. En 1962, en el mismo Santiago, las naciones de la América Latina, reunidas por la OEA (y con la ayuda técnica de la CEPAL, de

la FAO, y de la UNESCO) en una conferencia de varias semanas, se dedicaron exclusivamente al tema que Francisco Encina había planteado cincuenta años antes: la contribución de la educación al desarrollo económico.

N O T A S

¹Luis Galdames: *A History of Chile*, Chapel Hill, 1941, pág. 368.

²John J. Johnson: *Political Change in Latin America, the Emergence of the Middle Sectors*, Standford, 1958, págs. 74-76.

³Ricardo Donoso: *Desarrollo político y social de Chile desde la Constitución de 1833*, Santiago, 1942, pág. 111.

⁴*Ibid.*, pág. 112.

⁵Galdames: *Op. cit.*, pág. 368.

⁶Donoso: *Op. cit.*, pág. 112.

⁷Charles Griffin: "Francisco Encina and Revisionism in Chilean History", *Hispanic American Historical Review*, Feb., 1957, Vol. xxxvii, N^o 1, pág. 3.

⁸*Ibid.*, pág. 4.

⁹*Ibid.*, pág. 4.

¹⁰Leopoldo Castedo: *Resumen de la Historia de Chile de Francisco A. Encina*, Santiago, 1954, págs. 7-11.

¹¹Discurso de Encina, pronunciado el 14 de agosto de 1952 en la Universidad de Concepción. Castedo, *op. cit.*, pág. 12.

¹²Elías Almeyda Arroyo: *La Historia de Chile de don Francisco Encina*, Santiago, 1952, pág. 19.

¹³*Ibid.*, pág. 23.

¹⁴*Ibid.*, pág. 27.

¹⁵*Ibid.*, pág. 5.

¹⁶Francisco A. Encina: *Historia de Chile*, tomo VIII, págs. 413-414. Encina ha recibido un premio nacional de literatura —otorgado no sin cierta ironía— por su extensa *Historia*.

¹⁷Castedo: *Op. cit.*, pág. 14.

¹⁸Griffin: *Op. cit.*, pág. 7.

¹⁹*Ibid.*, pág. 7.

²⁰Francisco Encina: *Nuestra inferioridad económica*, Santiago, 1911, pág. 91.

²¹*Ibid.*, pág. 92.

²²*Ibid.*, pág. 110.

²³*Ibid.*, pág. 103.

²⁴*Ibid.*, pág. 70.

²⁵*Ibid.*, pág. 87.

²⁶*Ibid.*, pág. 110.

²⁷*Ibid.*, pág. 109.

²⁸Albert O. Hirschman: *Latin American Issues*, New York, 1961, pág. 8.

²⁹Francisco Encina: *La educación económica y el liceo*, Santiago, 1962, pág. 37. Primera edición, 1912.

³⁰*Ibid.*, pág. 38.

³¹Encina: *Nuestra*, pág. 159.

³²*Ibid.*, pág. 138.

³³*Ibid.*, pág. 138.

³⁴Encina: *La educación*, pág. 38.

³⁵Encina: *Nuestra*, pág. 138.

³⁶*Ibid.*, pág. 128.

³⁷*Ibid.*, pág. 131.

³⁸*Ibid.*, pág. 135.

³⁹Encina: *La educación*, págs. 180-1.

^{40a}Encina: *Nuestra*, pág. 139.

^{40b}Encina: *La educación*, pág. 45.

⁴¹*Ibid.*, pág. 45.

⁴²*Ibid.*, pág. 69.

⁴³Encina: *Nuestra*, pág. 214.

⁴⁴*Ibid.*, pág. 210.

⁴⁵*Ibid.*, pág. 211.

⁴⁶Encina: *La educación*, pág. 7.

⁴⁷*Ibid.*, pág. 47.

BIBLIOGRAFIA DE OBRAS CITADAS

Almeyda Arroyo, Elías: *La Historia de Chile de don Francisco Antonio Encina*, Santiago, 1952. Prólogo de Ricardo Donoso.

Castedo, Leopoldo: *Resumen de la Historia de Chile de Francisco A. Encina*, Santiago, 1954. (3 tomos).

Donoso, Ricardo: *Desarrollo político y social de Chile desde la Constitución de 1833*, Santiago, 1942.

Encina, Francisco A.: *Historia de Chile desde la prehistoria hasta 1891*, Santiago, 1940-52 (20 tomos).

—: *La educación económica y el liceo. La reforma agraria. El momento sociológico mundial y Los destinos de los pueblos hispanoamericanos*, Santiago, 1962.

—: *La literatura histórica chilena y el concepto actual de la historia*, Santiago, 1936.

—: *Nuestra inferioridad económica*, Santiago, 1911.

Galdames, Luis: *A History of Chile*, Chapel Hill, 1941.

—: *La educación económica e intelectual*, Santiago, 1912.

Gobineau, Joseph Arthur, Comte de: *Essai sur l'inégalité des races humaines*, Paris, 1884.

Griffin, Charles: "Francisco Encina and Revisionism in Chilean History", *Hispanic American Historical Review*, Feb., 1957, Vol. xxxvii. Nº 1, pp. 1-28.

Hirschman, Albert O.: *Latin American Issues, Essays and Comments*, New York, 1961.

Johnson, John J.: *Political Change in Latin America, The Emergence of the Middle Sectors*, Standford, 1958.

Molina, Enrique: *La Cultura y la Educación General*, Santiago, 1912.

Venegas, Alejandro: *Sinceridad, Chile íntimo en 1910*. Santiago, 1910.